

como la cigarra de la fábula, en tanto que los profanos, los hijos de la prosa, se agitan y se retuercen en la desgracia y el dolor. Colmándolo de las ridículas extravagancias de la etiqueta, ¡qué flamante padre de la patria se obtuviera, ó qué ministro de estado, ó qué hábil y distinguido diplomático, qué estupendo magistrado! Y Marcelo era un pobre hombre que á pesar de su robustez, vivía implorando la caridad del público; lo que llaman un *santo varón* muchas de las gentes que aun creen, sin percatarse de que con ese decir hacen burla sangrienta de sus ídolos. Un hombre con cara á propósito para hacer de él cualquier cosa, grande ó pequeña, como tantos otros que en ese variado Carnaval de la vida, se trasfiguran constantemente sin cambiar la máscara, con sólo un ligero truco de vestido.

Llegó una vez Marcelo en demanda de limosna á casa de un médico eminente, un verdadero apóstol de la ciencia, hombre que en vez de explotar á los menesterosos para atesorar caudales, empleaba las luces de su talento y los nobles impulsos de su corazón, en el alivio de la humana desgracia. El médico, sorprendido al ver á un hombre de apariencia sana implorando socorro, le habló así: por ventura no encuentra Ud. donde trabajar?

—Ay, señor, contestó el raro mendigo, poniendo en blanco los ojos y tomando una actitud de literato decadente, Uds. los ricos, los dichosos, no conocen nuestras miserias ni los ocultos padecimientos que los pobres soportamos; y con el ademán ceremonioso y un tanto satisfecho de quien se dispone á exhibir lo que constituye un timbre de honor ó de orgullo, mostró al médico una llaga inmunda que llevaba en una de las piernas, á modo de esas condecoraciones que brotan á millares de los organismos sociales en putrefacción y que la triste soberbia